



## CAPÍTULO VII

**Investigaciones cronológicas sobre el año del nacimiento y sobre la vida de Jesucristo. — Nacimiento de Cristo. — De lo que se llama el desarrollo de Jesús. — Juan Bautista. — Vida pública de Jesucristo. — Su objeto. — Doctrina divina de Jesús.**

FUENTES: Tillemont, nota 4 de la vida de Jesús; Natal. Alex. Hist. ecl. I saect. diss. II. Sepp. ut supra, t. I. Wieseler, Concord. cronol. de los cuatro Evangelios. Hamb. 1843.

Desde los más remotos tiempos hubo, respecto de esto, opiniones muy encontradas. Ireneo y Tertuliano designaron el año 41 de Augusto (es decir, el 751 después de la fundación de Roma) como el del nacimiento de Cristo. Clemente de Alejandría, Eusebio, Epifanio y Orosio adoptaron el año 42 de Augusto. Dionisio Exiguo (530) fijó por medio de un esmerado y sólido cálculo el año del nacimiento de Jesucristo en el 754 de Roma (1); pero las más recientes investigaciones han hecho admitir generalmente el 747 (2). Desentendiéndose de este modo de los cálculos de Dionisio (esto tuvo lugar desde Beda, y especialmente desde el siglo VIII), se ha fundado este cómputo en el dato cierto de la muerte de Heródes, fijada por Josefo en la primavera de 750 al 751; y como según S. Mateo, II, 22, la muerte de Heródes no ha debido suceder hasta dos años después del nacimiento de Cristo, por consiguiente, el cálculo de Dionisio comienza cuatro años más

(1) Deben verse las principales opiniones en Fabricio, «Bibliograph. antiquar.» ed. II, Hamb., 1716; y en Münter, la «Estrella de los Magos, Investigaciones sobre el año del nacimiento de Cristo.» Copenh., 1827.

(2) Kleper, «De Nova stella in pede Serpentarii, etcétera. (Pragae, 606); de Jesucristi Servatoris nostri vero anno natalitio (Francf., 1606, in 4.º): de vero anno quo aeternus Dei Filius humanam naturam in utero benedictae Virginis Mariae assumpsit.» (Francf., 1614, in 4.º).—Sanclmetii, «De Vulgar. aerae emendat.» libro IV, Rom., 1793, in f.º—Ideler, «Cronolog.» t. II, página 394.

tarde por lo menos. La única base cierta que nos suministran respecto de esto los Evangelios, es el pasaje de S. Lucas, III, 1, el cual designa el principio de la vida pública de Juan Bautista en el año quinceavo del reinado de Tiberio, y el lugar donde el mismo evangelista, II, 1, 2, habla del censo ordenado en Palestina por el emperador, en tiempos en que Quirino era gobernador de la Siria. Según estos datos, sería fácil calcular el año que se investiga, si fuese cierto, lo cual no es inverosímil, que la fecha de S. Lucas comprende los dos años del reinado común de Tiberio y Augusto, que murió el 767 después de la fundación de Roma (de consiguiente, 765+15=780). Si Jesucristo comenzó su vida pública poco después de Juan Bautista, á la edad de 30 años, según S. Lucas, III, 23 (resultaría 780-30=750), y tal sería el año más probable de su nacimiento. Para fortalecer esta opinión se han recordado los cálculos astronómicos, según los cuales, mucho antes y mucho después de Jesucristo, no ha podido caer en jueves la Pascua más que en el 784. Y como Jesucristo celebró su última cena á los treinta y cuatro años, según la opinión común (pues sólo Ireneo pretende que haya vivido cuarenta) (1), y como la celebró precisamente en jueves, resulta de

(1) Iren. Cf. haeres, II, 22, Ed.—Massuet., París, 1710, in f.º p. 148, 4.

aquí la exactitud del cálculo en el 750 (1). Pero ¿quién puede desconocer que existe todavía mucha incertidumbre en los diversos datos de este último cálculo? Asimismo, ¿cuánto no se aumenta la incertidumbre, cuántas dificultades surgen insolubles, si se quiere fijar el mes y el día del nacimiento de Jesucristo? (2). Ahora, en cuanto á la vida pública de Nuestro Señor, se puede decidir con bastante seguridad, fundándose en los Santos Evangelios, que duró tres años.

Los profetas habían anunciado desde un principio, al través de los siglos y de una manera cada vez más positiva, que el Mesías, que había de redimir y de regenerar al género humano, nacería entre los judíos, no como todos los hombres según las leyes ordinarias de la naturaleza, sino como el primer hombre, por medio de una creación inmediata de Dios (3). Una virgen pura (4), de la raza de David, debía concebir á Cristo en su casto seno y darlo á luz en Belén de Judá (5).

Cuando ya estaban próximos los tiempos señalados por Dios (6), vino á Nazareth un ángel á anunciar á una virgen llamada María, de la raza de David, que había sido escogida para concebir por obra del Espíritu Santo y engendrar al Hijo único de Dios (7).

El paganismo y las potencias del siglo debían, sin saberlo, servir al cumplimiento de los designios eternos. En el mismo tiempo señalado para el nacimiento del Mesías, ordenó Tiberio un censo de la población del imperio. María se dirigió á Belén, acompañándola su esposo S. José, pobre carpintero, aunque vás-

(1) Tal es el resultado de las investigaciones de Wieseler, l. c. p. 131-138.

(2) Al paso que S. Jerónimo decía (Sermo. de Nativitate): «Sive hodie Christus natus est, sive baptizatus est, diversa quidem fertur opinio in mundo, et pro traditionum varietate sententia est diversa.» Sepp ha tratado de probar por medio de cálculos que sorprenden, que el día de la Natividad de Nuestro Señor debe ser el 25 de Diciembre del 747 de Roma.

(3) Véase § 28.

(4) Isaías, VII, 14.

(5) Miqueas, V, 2.

(6) Daniel, IX, 24.

(7) Luc. I, 23; Juan, I, 18.

tago de la raza real de David (1); y da á luz en un establo al Niño maravilloso, que desde mucho tiempo antes habían saludado los profetas con el nombre de Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz (2).

Y después la Virgen pura no volvió á concebir en su sagrado seno (3).

No paran aquí los prodigios que han preparado este milagroso nacimiento. Bajan los ángeles del cielo; publican la alegría que les causa la salvación llegada para el género humano degenerado, y manifiestan su reconocimiento en nombre de la humanidad, que no sospecha todavía que la hora de su redención esté tan cercana (4): ellos anuncian la paz al mundo corrompido, y la nueva alianza del cielo y la tierra. Estos alegres acentos, bajados de lo alto, despiertan á algunos pastores judíos, que corren presurosos en busca del Salvador recién nacido (5). Poco después el poder del Padre atrae desde las mismas profundidades del Oriente sabios que adoren al Hijo (6), de manera que toda la humanidad entera se halla representada en torno de su cuna. Y como era necesario que fuese en todo semejante á sus hermanos (7), el Hijo de Dios fué circuncidado según las prescripciones de la ley, el octavo día de su nacimiento, y recibió el nombre de Jesús (elipse de otra palabra hebrea que quiere decir *Socorro de Dios*).

Iluminado el justo y piadoso Simeon por el

(1) Lúca, III, 1-5.

(2) Isaías, IX, 6.

(3) Los hermanos de Jesús que se mencionan en los cuatro Evangelios y en las actas de los apóstoles son, según la analogía de la palabra hebrea, los parientes. Hay otra prueba: Cristo, al morir, recomendó á María á su muy amado discípulo Juan, llamándola su madre (Juan, XIX, 25-27); mas el término usado por Cristo no es de ninguna manera contrario á esta explicación, y se demuestra por medio de la locución hebrea. Cf. Kunz, los hermanos de Jesús y de Jacob, hijos de Alfeo. (Annuaire de theolog. y de filosof. crist. Giess. t. III, p. 5-119). Schlegel, «Nuevas investigaciones sobre la Ep. de Santiago y sobre los hermanos de Jesús.» (Friburg. Diar. de theolog., t. IV, p. 1-116).

(4) Lúca, II, 9-12.

(5) Lúca, II, 18.

(6) Mat. II, 10-11.

(7) Hebr. II, 17-18.





Espíritu Santo, saluda al Redentor de Israel, á la luz de las naciones, al Niño divino, venido para la ruina y la resurreccion de muchos. Ana, atraída por el espíritu al templo, se une á los cánticos de Simeon, y va profetizando al Verbo á todos aquellos que aguardan la redencion de Israel (1).

Hacia cuatrocientos años que no se oía ya en Israel el espíritu de profecía, que enmudeció con Malaquías (2). Mas ¡qué primavera tan radiante sucede repentinamente á tan largo invierno! Por todas partes resuenan los cánticos de gloria: aquel cuyo nombre es *Maravilla!* ha aparecido. El Arcángel y la Virgen, Zacarías é Isabel, los ángeles en las verdientes praderas, Ana y Simeon en el templo y en el santuario, todos predicen una dicha inmensa para lo futuro, y se regocijan con el rayo de sol que el Señor envía al mundo: el mismo cielo baja hácia la tierra, y los hijos del lodo se levantan agitados de un sentimiento de alegría completamente divina.

Segun las más antiguas tradiciones judaicas, María y José huyeron por algun tiempo á Egipto (3), á fin de sustraerse á los designios homicidas del artificioso Heródes; pero atraídos bien pronto por el espíritu que habia decidido su partida, volvieron á Nazareth, cumpliendo de este modo el profundo sentido de la profecía de Oseas, II, 1: «Llamé de Egipto á mi Hijo.» Á los doce años dejó ver el divino Niño algunos rayos de su celestial sabiduría ante los doctores asombrados del templo de Jerusalem (4). Santificando todas las relaciones del hombre y todos los grados de su desarrollo, el Hijo de Dios permaneció filialmente sometido y obediente á sus padres (5); y áun ayudó, segun tradicion antigua, á su padre adoptivo en los trabajos de su penoso oficio (6). La historia guarda silencio sobre el resto de sus acciones hasta su entrada en la vida pú-

- (1) Lúe. II, 25-38.
- (2) Stolberg, t. IV.
- (3) Mat., II, 19-20.
- (4) Lúe., II, 46-47.
- (5) Lúe., II, 51.
- (6) Marc., VI, 3.

blica. Algunos han pretendido explicar la sabiduría, la sublimidad y la santidad que demostró Jesús más adelante, atribuyendo estas calidades á la piedad de su madre, á la ciencia de las fariseos, de los saduceos (1) y los esenios, y á la civilizacion alejandro-judaica. Ahora bien, ¿no era esto desconocer enteramente, así al Cristo histórico como al Hijo de Dios? Léjos de explicar el milagro divino, ¿no era esto hacer más oscura y más difícil su explicacion? Pues ¿en qué tiempo el alma de un judío ó de un pagano dió jamas tales muestras de una sabiduría, de una pureza, de una majestad parecidas á las que brillaron en la vida del Salvador? ¡Cuánto más cerca están de la verdad los pintores cristianos, cuando representan al Niño Jesús rodeado de una aureola de gloria en todos los momentos y circunstancias de su vida! Y no es en el sentido vulgar como los Padres de la Iglesia han explicado las palabras que nos muestran á Jesús creciendo en edad, en gracia y en sabiduría (2), sino por el contrario, destellando cada vez más en el exterior la virtud divina que residía en él, á medida que crecía su cuerpo y que se iba desarrollando su humanidad.

Hallándose ya próximo el tiempo de la venida del Mesías, anunció un ángel al santo sacerdote Zacarías que Dios suscitaría del seno de su mujer Isabel, ya avanzada en años, y parienta de María, un hijo que sería grande ante el Señor. Juan, es decir, el bendito de Dios, será su nombre, dijo el ángel: será lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre; convertirá al Señor su Dios á muchos hijos de Israel y marchará delante del *Salvador del mundo* con el espíritu y el valor de Elías para prepararle el camino (3). Isabel á su vez, elevándose en alas de una inspiracion divina, saludó á María como Madre del Salvador, y María respondió con un profético entusiasmo: «De aquí en adelante me llamarán bienaventurada todas las generaciones» (4).

- (1) Juan, VII, 15.
- (2) Lúe., II, 40-52.
- (3) Lúe., I, 17.
- (4) Lúe., I, 39-56.



Casi todo el pueblo judío creía, segun una antigua profecía (1), que la vuelta del profeta Elías habia de preceder á la venida del Mesías, preparando su camino. Esta esperanza no fué completamente realizada: el mismo Elías no reapareció, pero reapareció en espíritu en la persona de Juan, precursor del Mesías.

En el quinceésimo año del reinado de Tiberio y bajo el gobierno de Poncio Pilátos, presidente de Judea, fué cuando Juan, á la sazón de treinta años, apareció en Israel como doctor y maestro, siguiendo la antigua costumbre de los judíos. Vino, como habia sido anunciado, á predicar en un lugar desierto cerca del Jordan. Su vida era austera y penitente; grave y profunda su palabra; iba exclamando por todas partes: «Haced penitencia, que ya se acerca el reino del cielo (2): no conoceis al que está en medio de vosotros: él viene detras de mí, pero es primero y mayor que yo; ya está la guadaña en la raíz del árbol; todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego.» Y Juan, para iniciar al pueblo en los misterios del Señor, lo bautizaba con agua, sirviéndose de un rito sensible, de una ablucion material y simbólica, que, administrada á los judíos (3), era el anuncio de aquella purificacion interior y espiritual de que tenia necesidad la nacion entera, para entrar dignamente en el reino del Mesías (*baptismos metanoias*).

Juan anunciaba el reino del Mesías, no como un reino temporal, segun era la creencia de la masa del pueblo, sino como una institucion moral y religiosa. Sin tener en cuenta la filiacion carnal de los hijos de Abraham, sólo á los que cambiasen de costumbres prometia la participacion en el reino del cielo. No digais, exclamaba, Abraham es nuestro padre, pues yo

- (1) Mat., IV, 5-6.
- (2) Mat., III, 2.
- (3) Buxtorf, «Lex. Talm.» p. 408. Lightfoot, Schættgen, Welstein y otros, han pretendido que este bautismo de S. Juan era una imitacion del de los prosélitos judíos. Más recientemente se han suscitado dudas acerca de la antigüedad del bautismo de los prosélitos. Véase á Reiche, «De Baptismatis orig. et cetera.» Goett. 1816, y Schnekenburger, «De la antigüedad del bautismo de los prosélitos entre los judíos.» Berlin, 1828.

os declaro que hasta de estas piedras puede Dios hacer que nazcan hijos de Abraham (1). Por extraño que pareciese entonces esto á los judíos, la mision divina de que estaba encargado el precursor, probada además con la virtud y la verdad de su palabra, le dió una influencia maravillosa, que se extendió por regiones lejanas, sin que por esto dejase de ser su humildad más grande; ella le hacia rechazar toda alabanza y toda estimacion de su mérito. Cada vez era más ardoroso en designar al pueblo al que debia bautizar despues de él en el fuego y en el Espíritu Santo (2), declarándose indigno de desatar sus sandalias (3).

Mas habiendo llegado Jesús al Jordan para ser bautizado, iluminado Juan por un súbito milagro, le reconoció y proclamó como el Mesías, pues una voz del cielo bajó en nombre del Padre á reconocer á su muy amado Hijo, y cerniéndose sobre él, bajó la graciosa imagen de una paloma, el Espíritu Santo, la Trinidad entera se manifestó en el Jordan (4). «De aquí en adelante, dijo Juan, es necesario que Jesús crezca y yo disminuya.» De esta manera se eclipsa la estrella de la mañana ante el sol naciente (5): Juan, como representante de la justicia divina, no guardaba consideracion con las personas: «¡Raza de víboras! dijo á los saduceos y á los doctos é hipócritas fariseos, ¿quién os ha enseñado á temer la ira que os amenaza?» (6). Tambien dijo el tetrarca á Heródes: «No te es lícito tener contigo á Herodías, mujer de tu hermano» (7). Juan fué una lámpara ardiente que brillaba en las tinieblas de este mundo: muchos se regocijaron con la claridad de esta lámpara, pero no por eso cambiaron de espíritu ni de costumbres (8): Juan no es una caña que agita el viento, ni tiene nada de comun con los caprichos de un pueblo voltario y de sus inconsecuentes representantes: Juan

- (1) Mat., III, 8-10.
- (2) Mat., III, 11; Lúe. III, 16.
- (3) Juan, I, 27.
- (4) Mat., III, 13-17; Juan, I, 33.
- (5) Juan, III, 30.
- (6) Mat., III, 7.
- (7) Mat., XIV.
- (8) Juan, V, 35.





es el mayor entre todos los que han nacido de mujer; así lo declara el mismo Cristo (1). Es profeta y más aún que profeta (2), pues no promete á los hombres una suerte mejor en una época incierta; él anuncia el reino de Dios, que está cercano, que llega (3); y aun cuando es el más pequeño en el reino de los cielos, es mayor que el más grande de los profetas (4).

Mas va á cesar su ministerio público, pues Heródes le envia cautivo á las prisiones de Macocoero (5), donde le hace morir por satisfacer la pasión y la venganza de Herodías irritada, al tenor de los Evangelios, y segun el historiador Josefo (6), temiendo el respeto que habia adquirido Juan entre el pueblo. La última mirada de Juan á la tierra fué evidentemente su primera mirada hácia el cielo, porque tenía los ojos de la fe, y no habia cesado de dirigirlos hácia Aquel que venia detras de él. Enterráronle sus discípulos, los cuales, fieles á su maestro, anunciaron su muerte á Jesús; pero aun cuando Juan hubo tantas veces y con tanta claridad designado á Aquel que es la misma verdad, el Cordero de Dios (7), muchos de ellos desconocieron la verdad y se separaron del Salvador (8), continuando como meros discípulos de Juan. De esta suerte subsisten en la naturaleza los grados que ha atravesado una existencia, aun cuando ella haya llegado al apogeo de su desarrollo.

Después del bautismo de Juan, que habia inaugurado, por decirlo así, la misión del Mesías, se retiró Jesús al desierto. Allí, como en otro tiempo Moisés sobre el monte Sinaí, permaneció cuarenta dias luchando victoriosamente contra el príncipe del mal, que le ten-

(1) Mat., XI, 11.

(2) Mat., XI, 9.

(3) La Iglesia expresa esto mismo en la siguiente estrofa del himno de S. Juan Bautista:

*Ceteri (sc. prophetae) tantum cecinere vatum  
Corda praesago jubar a futurum:  
Tu quidem mundi scelus auferentem  
Indico prodixi.*

(4) Mat., XI, 11.

(5) Flav. Joseph. Antiqq. XVIII, 5; 2.

(6) Marc., XI, 23; Mat., XXI, 23-27. Cf. Marc., XI, 27-33; Lúe. XX, 1-7.

(7) Juan, I, 29-26.

(8) Juan, III, 36; Lúe., V, 33; Mat., IX, 14; XI, 22; Act., XVIII, 25; XIX, 2-7.

tó como á todos los hombres (1), porque Cristo debía ser en todo semejante á sus hermanos (2). Entonces fué cuando se consagró á enseñar públicamente al pueblo, á la manera de cualquier rabino de la Sinagoga, pasando á los ojos de la multitud por hijo de José (3). Sus primeras palabras fueron iguales á las de Juan: «Haced penitencia» (4). Pero bien pronto, descubriendo más extensamente á los judíos el misterio de su misión divina, «Yo he venido, les» dijo, á cumplir la ley, á purificarla, á esclarecerla y á desarrollarla» (5); y á la manera de Juan, permitió á sus discípulos que administrasen al pueblo el bautismo de la penitencia (6); pero por su parte el pueblo debía santificarse por medio de la pureza del corazón y de la intención: la vista de Dios debía ser su recompensa, formando esta recompensa tan espiritual un raro contraste con las soberbias y mundanas esperanzas que habian concebido respecto del Mesías. Habia en las palabras y en las acciones de Cristo una maravillosa actividad, cuyo objeto sublime estaba siempre presente en su alma; y este objeto, es decir, el establecimiento de un reino celestial y puramente espiritual, fué indicado de una manera tan clara y desde un principio en sus palabras, que en ninguno de los Evangelios puede encontrarse la menor señal de que quisiese en ninguna circunstancia sustituir este reinado espiritual con un reinado terrestre. Jamas Jesús participó de la opinión de sus contemporáneos sobre el poder temporal del esperado Mesías, consistiendo principalmente su grandeza en que se elevó desde luego por encima de miserables imaginaciones de los siglos pasados y futuros. El grande y único pensamiento de toda su vida fué reunir toda la humanidad en una sociedad religiosa y moral, en la que cada uno pudiese, con la ayuda de Dios y bajo la dirección de su providencia, ser redimido por Jesús del pecado, reconciliado con

(1) Mat., IV, 1.

(2) Hebr., II, 18.

(3) Lúe., III, 23.

(4) Mat., IV, 17.

(5) Mat., V, 17.

(6) Juan, III, 26.